



Performatividad, Vaya Palabrita

Luisa Fernanda Siles.

El agorero de sal.

Premio nacional de novela 2005.

Alfaguara, 2006 - 503 pp.

Cuando comenzamos a leer un texto de ficción, más aun una novela, lo hacemos concientes de que a partir de ese momento la realidad deberá quedar suspendida y que la única nueva realidad estará dentro de esas páginas; páginas que, por otro lado, tendrán la obligación de estructurar para nosotros el mundo que el autor, a través del narrador y los personajes, desea mostrarnos. De esa manera los lectores viviremos ese mundo sin cuestionarlo, sin importar cuan alejado esté de nuestro diario. No nos importará pensar si en realidad una mujer pueda cargar a su amante a través de la nieve para que en el suelo existan únicamente un solo par de huellas y así no se descubra su infidelidad; no cuestionaremos lo probable o improbable que pueda ser que alguien amanezca convertido en cucaracha, y tampoco tendremos problemas en aceptar que un poeta pueda ser cicerón en un viaje con pasaje de ida y vuelta por los infiernos. Y no es que los lectores juguemos el papel de crédulos o ingenuos, no, lo que sucede es que esas páginas logran crear un ambiente válido sólo para sí mismas, performatividad, le llaman los estudiosos. Pero ¿a qué viene esta reflexión no solicitada?

Vamos por partes. *El agorero de sal*, novela ganadora del Premio Nacional de Novela 2005, de Luisa Fernanda Siles (La Paz, 1962), reúne en sus páginas muchos logros para la obtención del citado premio. Por medio de tres personajes centrales: Amelia, Hugo y Octavio (aunque a lo largo de la obra hay uno que se destaca por sobre los otros dos) la autora nos introduce en el mundo de la homosexualidad y el sida. Con recursos narrativos por demás interesantes los personajes alternan para darnos a conocer sus vidas. Munida de esa polifonía Siles desgrana los conflictos de sus personajes. Octavio resume así la situación: "Entre nosotros tres no tenemos nada más que a nosotros mismos en común. Tenemos edades diferentes y mundos diversos, no obstante estar los tres atrapados en esta especie de purgatorio..." [p. 292]. Hugo, psicólogo que ve destruir su vida (trabajo, matrimonio, relación familiar) por un incidente que lo perturba y le cuestiona su propia sexualidad, se relaciona con Amelia al poder brindarle datos a ésta del destino de su hijo, desaparecido en las dictaduras militares. Amelia, que bruscamente cambia su vida por la desaparición forzada de Javier, su hijo, y quien por un rasgo de amistad cobija en su casa a Octavio en los momentos más terribles de su enfermedad. Y Octavio, conocedor de los destinos a través de las cartas del tarot, homosexual y ceropositivo, nos narra su vida desde la óptica de quien sabe que va a morir, y que va a morir pronto.



La autora vuelve a traer el tema de la denuncia a las dictaduras, recurrente en la literatura latinoamericana, sin los perfiles políticos pero con la carga de dolor y dramatismo de quien vive la pérdida de un hijo; desaparecido, torturado y muerto sin que de él se sepa más que por datos aislados (datos que se esclarecen para el lector, pues el narrador los describe con crudeza: “Pesaba cincuenta y dos kilos, que para su metro ochenta y tantísimos resultaba una miseria, y casi no tenía dientes porque la picana en las encías los hacía saltar como clavos de un martillazo...” [p. 334]).

Sin duda el personaje más rico es Octavio, las reflexiones sobre su vida ocupan la mayor parte de la novela. Por él sabemos que su inclinación sexual le viene de niño, es amanerado sin desear ser mujer, promiscuo y puto, como él mismo se califica. Como un péndulo su historia transita entre la felicidad y el dolor; felicidad de vivir una vida sin frenos: “... estuvieron todos esos mononos conmigo, y tuvieron su momento de gloria en mi vida. Y te juro que fueron gloriosos, tal vez apoteósicos sería la palabra exacta” [p. 424], y dolor de saberse no aceptado: “Octavio, en esta ciudad no te podés quedar, tenés un apellido que respetar [...] A los diecinueve años partí a Buenos Aires, otra vez abochornado hasta los huesos, con el sabor amargo y la cara de degenerado sin remedio...” [p. 267]. Contagiado de sida, su historia y sus reflexiones nos acercan a esas vidas que las creemos aisladas y a las que no deseamos acercarnos.

La novela define bien las situaciones de los personajes, principales y secundarios; establece temas que los resuelve sin pretender darles toques de sorpresa y sostiene un lenguaje preciso, incluso cuando se interna en el mundo del tarot, pese a que de cuando en cuando aparecen influencias literarias mal disimuladas (ciertos diálogos a lo Saramago o “Huguitoqueflaquitoestás” [p. 25] propios de Bryce Echenique).

¿Entonces a qué le viene todo el cuento de las primeras líneas y la performatividad aludida? Existe en la novela un muy serio problema en la coherencia cronológica. Problema que hizo que este lector no pueda realizar una lectura (valga la redundancia) fluida y, por lógica consecuencia, cuestione la integridad de la obra. A saber, Amelia Salgado se casa en 1968: “Casose Amelia con un vestido de batik amarillo [...] el novio bien bañado y perfumado listo para la ceremonia [...] a mediados del quinto mes del año de mil novecientos sesenta y ocho” [p. 31]. “Las margaritas todavía frescas, un bebe en la panza de horas, los libros de sicología encajonados y un par de bultos, era todo el equipaje que la joven pareja necesitó para abandonar Buenos Aires a los tres meses de matrimonio” [p. 32]. Según cuenta la autora, en el mes de junio del siguiente año nació Javier. Ese mismo Javier fue apresado y luego muerto a principios de los ochenta (1981 o 1982, ambas fechas se marcan en el texto), es decir que según su fecha de nacimiento tendría 13 o 14 años, pero en todo el texto se habla de él como un joven estudiante universita-



rio de 22 años: “Yo ya tenía cincuenta años cuando se llevaron a Javier de la Avenida Córdoba a dos pasos de la Universidad de Buenos Aires, y él escasos veintidós” [p. 65]. La recurrencia en la edad del desaparecido es frecuente en la obra, incluso la edad de Amelia no cuadra, los números no calzan, no hay manera.

Ese detalle (si podemos llamarlo tal) que aparece, además, al principio de la novela empañó mi lectura y cuando cerré el libro me di cuenta que me había pasado la mitad de la lectura comparando fechas, datos, eventos, porque esas páginas no habían logrado suspender la realidad para crear esa otra, esa que hace que una novela roce nuestras vidas.

Ariel Mustafá Rivera

IX Premio Nacional de Novela Version 2006

El objetivo del Premio Nacional de Novela es promover y difundir la literatura boliviana tanto en Bolivia como en el exterior. El premio está auspiciado, entre otros, por el Vice-Ministerio de Desarrollo de Cultura, Ministerio de Educación y Editorial Santillana.

El escritor Wilmer Urrelo fue ganador del IX Premio Nacional de Novela versión 2006 por su obra *Fantasmas suicidas*. La novela revela un modo especial de relaciones amorosas intensas que acontecen en medio de un submundo específico de violencias y fanatismos en la época de la dictadura. Es una novela policial que se enmarca dentro del género de la novela negra. El Premio Nacional de Novela recibirá un monto de US 8.000 que será entregado por la prefectura de La Paz.

El Jurado Calificador concedió la Primera Mención de Honor a la escritora Verónica Ormachea Gutiérrez por la novela *Los Ingenuos* que trata sobre la saga de una familia que sufre los avatares que produjo la Revolución de 1952. Es la primera novela que se escribe sobre dicho tema que produjo profundos cambios en la sociedad boliviana. Ormachea es autora del libro *Entierro sin Muerte* publicado por la editorial Santillana con el sello Aguilar.

Otra mención se otorgó a *Mundo Puto* escrito por Roberto Cuevas por la habilidad del autor de crear un mundo amplio y profundo entre las cuatro paredes de una casa, rescatando también las vivencias de décadas recientes en la historia de Bolivia. El jurado calificador así como el Vice-Ministerio de Cultura de Bolivia recomendaron su publicación.

